

## MONASTERIO MADRES CONCEPCIONISTAS

Según queda recogido por Luís Andújar<sup>1</sup> el Monasterio de las Monjas Concepcionistas Franciscanas fue fundado en 1581, por don Alonso Severo, que “determinó, según señalan las crónicas franciscanas, una buena porción de su hacienda con las casas de su morada para este Monasterio, según consta en su mismo testamento,



hecho en la Villa de Belmonte ante el escribano Pedro de Quintana el día 2 de diciembre de 1581. Y según nos sigue relatando el prior Andújar en su libro, Alonso Severo era un hombre rico y principal, que había nacido en esta Villa de Belmonte, “familiar del Santo Oficio de la Inquisición, quedando constituido y consagrado dicho Monasterio, ya muerto el fundador, el día 25 de julio de 1584”. De hecho, anteriormente a su fundación, el edificio había sido Casa de la Santa Inquisición, motivo por el que las monjas debían de pagar anualmente a la Inquisición de Cuenca ocho libras de anises.

La abadesa y fundadora principal, la Madre Sor doña Ana de Toledo, procede del Monasterio de la Concepción de Cuenca, ejerciendo de Vicaria la Madre Sor Isabel de Morales. Otras dos religiosas que se instalan son la Madre Sor María de Cáceres y la novicia Sor Ana del Peso Evangelista, quien profesara de monja en este mismo Monasterio, ejerciendo la vocación con máxima entrega y virtud.

Conocemos por la historia que de este Convento han salido religiosas para fundadoras de los Monasterios de Manzanares, Cartagena y Villarejo de Fuentes. De este último tenemos constancia de la Madre Sor Juan del Castillo, como abadesa de la fundación, así como de Sor Gerónima María del Castillo y Sor Ana de Peralta como monjas de la misma. Las dos primeras hermanas del ilustre belmonteño y jesuita San Juan del Castillo, quien sufriera martirio en las Reducciones de El Paraguay y santificado por el pontífice San Juan Pablo II el día 16 de mayo de 1988 en el Campo del Ñu-Guazú en Asunción (Paraguay), junto a sus otros dos compañeros San Roque González y San Alonso Rodríguez.



<sup>1</sup> Andújar Ortega, Luís (1995). *Belmonte, cuna de Fray Luís de León*, p. 248. Ed. El Autor.



El día 1 de junio de 2007, transcurridos más de cuatro siglos, las dos últimas moradoras del convento, Sor Amparo y Sor María Paz, retornan a sus orígenes, regresando nuevamente a Cuenca, cerrándose definitivamente las puertas del Monasterio de San Miguel Arcángel de Belmonte, aceptando

resignadamente algo que en los tiempos que corren parece venir dado por hecho, alejándonos de un pasado, sus costumbres y estilos vitales, hoy día más que obsoletos, pues lo que resulta realmente atemporal es el cuestionamiento de la fecha de caducidad de determinados aspectos de ese pasado. Se han marchado dejando tras sí un legado histórico de cuatrocientos veintitrés años.

Desde el punto de vista arquitectónico, el exterior del Monasterio es de mampostería con los aleros del tejado y esquinas de sillería. La puerta mayor del edificio, orientada al poniente, es del siglo XVII, de arco de medio punto enmarcado con pilastras que sujetan el entablamento, sobre él se ubica un frontón triangular interrumpido por hornacina.

Para estas monjas franciscanas su razón de ser gira en torno a la oración, si bien también compartieron sus días compaginando la vida contemplativa con las tareas docentes. Son muchas las generaciones de belmonteños y belmonteñas que,



sobre todo, a lo largo del siglo XX

han pasado por las aulas de este Monasterio. En la memoria de todos aún permanecen aquellos recuerdos infantiles evocadores de un ambiente de contrastes visuales cargados más por la opacidad claustral que por la abundancia de luminosidad, los olores a humedad que transmitían la gélida entrada, una vez traspasado el portón de acceso al monasterio, la imagen claroscuro de la escalera de acceso a la primera planta o el espacio y luminosidad del aula en que aquella desembocaba, dotada de ventanales que recibían la luz exterior



procedente de la calle Julio Romera, así llamada por aquella época. Una pizarra como único instrumento para la transmisión de los contenidos y una tarima como símbolo de autoridad, eran las dos únicas herramientas en las que se asía el proceso de enseñanza. En la parte central, encima de la pizarra, un crucifijo y la imagen de una monja (¿se trataba de la fundadora de la orden franciscana, Santa Beatriz de Silva Meneses?) Por su parte, los pupitres de madera y el pizarrín se constituían en los elementos esenciales del proceso de aprendizaje.



No creemos que sea adulador ni exagerado si expresamos que, para entonces, estas monjas traían consigo una tradición educativa y cultural recogida tras años de dedicación a la enseñanza, en un país y en una época en donde el estado se encontraba muy limitado para ejercer sus obligaciones, ahogado por un aislamiento social y encorsetado por su propia



carestía económica, que nos retrotraía a niveles más propios del siglo XIX que a los de mediados del XX. Era la época en que la alpargata imperaba en el vestir y la leche en polvo se constituía en el condimento ideal del mediodía escolar. A las personas octogenarias de nuestro pueblo seguramente les resultan familiares los nombres de las madres Esperanza, Concepción y Purificación, pues para la práctica totalidad de aquellas antiguas alumnas su única etapa escolar fue desarrollada en el colegio de las Mm. Concepcionistas Franciscanas, generalmente escolarizadas desde los 3-4 años hasta los 11-12 en que eran incorporadas a las labores de la casa.

